
Alfredo Aracil

A mediados de enero de 1994 se daba la noticia del nombramiento del compositor madrileño Alfredo Aracil como nuevo Director del Festival. El Patronato lo nombraba oficialmente el 21 del mismo mes, al tiempo que lo presentaba en Granada. El público local no introducido en el mundillo de la música disponía de escasas referencias del nuevo Director, aunque de su biografía resaltaba su experiencia en la gestión de acontecimientos culturales. Las declaraciones de responsables del Ministerio de Cultura y del Ayuntamiento habían sembrado la inquietud en esas mismas fechas, porque era muy elevado el déficit acumulado y había poco tiempo para acometer la total confección del programa de ese año, sólo ligeramente esbozado. Sin embargo, el nuevo Director se mostraba optimista en sus declaraciones: «Creo que hay que buscar más patrocinios y menos mecenazgos. Hasta ahora, se había pedido dinero para que algunas actuaciones fueran posibles y mi experiencia me lleva a plantear a las empresas un tipo de patrocinio que se considere como inversión (...). Tenemos empresas a las que podemos acabar seduciendo, pero tenemos que decir a sus responsables qué les ofrecemos». Por otra parte, afirmaba, «me gustaría ampliar la programación a otras músicas, como la polifonía, ya que hay grandes obras corales en Andalucía. También quisiera reflejar la realidad histórica de Granada con música árabe», declaraba a Cristina Prieto en *Ideal* de 28 de enero de 1994.

Alfredo Aracil opinó desde el comienzo de su gestión que «el Festival de Granada no es un festival elitista, pero sí excesivamente limitado en su repertorio. (...) Lo considero imprescindible como iniciativa musical y cultural española y europea. Lo único necesario es, si acaso, darle un carácter y una singularidad propia dentro de los festivales europeos, lo mismo que Salzburgo o Verona, por ejemplo, tienen su personalidad propia por uno u otro motivo. No debemos repetir sólo los modelos de los otros cincuenta festivales. Será preciso desarrollar grandes conciertos de música clásica en un marco incomparable. Y, en segundo lugar, grandes conciertos musicales que recojan la tradición de esta tierra: música cristiana renacentista y barroca, por un lado, arábigo andaluza por otro. (...) Pretendo convertir el certamen de Granada en el gran Festival del sur de Europa», confesaba el 8 de marzo a Ángel F. de la Casa de *Diario 16 Andalucía*.

Para Alfredo Aracil el Festival no debía terminar cuando se apagan las luces del último espectáculo, pues «la cultura no es solamente el concierto, sino que es también el estado en que se queda el alma cuando finaliza». El Festival podía contribuir «a educar musicalmente a las personas», de ahí que tanto le preocupase la programación: «No debe estar basada en reafirmar determinadas figuras ya conocidas. Sino que debe servir para que la gente encuentre nuevas fuentes de placer, con música que antes no conocía», confesaba a Antonio Espantaleón, en *Ideal* de 19 de mayo de 1994. Seis años más adelante (el 23 de junio de 2000) confirmaba la iniciativa en declaraciones a Poli Servian, del mismo diario: «No creí adecuado que siendo Granada la ciudad de la diversidad y la mezcla, estuviera ofreciendo un Festival donde los límites de la música eran tan estrechos. Casi se podría decir que sólo se programaban piezas para orquesta sinfónica, compuestas en Centroeuropa en torno al siglo XIX. Había que darle unos rasgos de personalidad propia, y pensé que uno de los elementos podía ser esa oferta diversa, porque música también era el gregoriano, la electroacústica del siglo XX y el flamenco, y que, además, podía escucharse en San Jerónimo, la Catedral, o el Sacromonte». Preguntado acerca de si los programas del Festival tendrían interés por sí mismos, al margen del atractivo de los marcos incomparables, estimaba que «jamás estos conciertos han sido

demandados por tantas emisoras de radio europeas, y creo que a los directores de esas cadenas tampoco se les puede acusar de desconocimiento». Considera que un Festival de primera no depende sólo de grandes figuras «sino de la calidad de los programas y éstos responden a qué se toca, a dónde se toca, en qué condiciones y por quién, que puede ser un músico excelente, al margen de que sea o no conocido. Yo he querido mantener el estilo del gran Festival de los años 50 y 60 al que venían artistas muy famosos, pero también grandes músicos aún desconocidos: (...) Esas personas se llaman Teresa Berganza, Joaquín Achúcarro, Lorin Maazel o Montserrat Caballé. (...) Lo que el Festival de Granada necesita es calidad, ingenio y singularidad y eso no tiene por qué necesariamente venir unido al nombre de una gran figura».

Desde su primer año como Director, Aracil puso en marcha la Fiesta de la Música para «empapar de música las calles de Granada en una celebración festiva y abierta sin límites», amplió de manera considerable el número de los escenarios en edificios monumentales en la propia ciudad, así como las oportunidades ofrecidas al espectador hasta alcanzar una media que supera los sesenta espectáculos programados cada año. Se iniciaron, o se asentaron, en su etapa las matinales de polifonía y música espiritual en la Catedral y San Jerónimo, en 1995 surgieron los cafés-concierto en el teatrillo del Hotel Alhambra Palace y los Trasnoches flamencos en el Sacromonte, extendidos después al Albaicín y al pie de la colina de la Alhambra y, a partir de 1998, los ciclos de música electroacústica en el Planetario del Parque de las Ciencias.



Alfredo Aracil. Junio de 1995.
(Foto Pepe Torres. FIMDG)

[José Luis Kastiyó: 'Los directores del Festival', en *El Festival Internacional de Música y Danza de Granada, 1952-2001. Volumen II: 1981-2001*. Granada, Editorial Comares, 2001, pp. 564-569]